

“...nada hay más bello, a pesar del trabajo y el esfuerzo que requiere, que poder entregarse a la búsqueda de la verdad de la naturaleza y del hombre”. Juan Pablo II, Función de la Universidad, Kinshasa, 4-V-80.

I

Constituye una tradición leer un discurso con ocasión de la apertura del curso académico. Necesita el espíritu que se abra un espacio a la esperanza. La indeterminación de la historia permite al ser humano ejercitar su libertad, tratar de adueñarse del presente y construir el porvenir.

Porque unos estudiantes querían aprender y unos Maestros querían enseñar fue que nacieron las universidades. Lucharon por la libertad para realizar esa su tarea. Esa tarea cambió la faz del mundo. Para lograr la atmósfera de independencia que necesitaban, con frecuencia Maestros y discípulos se mudaban y el ser pobres les facilitó con frecuencia poder irse; como el sabio griego podían decir: **omnia mea mecum porto**.

Hay la clásica página de Ortega y Gasset que se refiere a esos primeros pasos de las universidades:

“Ello es que desde el siglo XII se oye sin interrupción, oriundo de los senos de Europa, un son que no se parece a nada, pero que de parecerse a algo sería a un como bordoneo de abejas solícitas e inquietas, vagabundas y punzantes. Es el rumor que hacen las Universidades, un rumor que, como el del motor de explosión de nuestro tiempo, era un ruido nuevo en el mundo. Y en esos siglos, cualquiera que sea el trivio o encrucijada donde os coloquéis, veréis que chocan cuatro tropes de hombres dispares: un tropel de soldados que moviliza el poder público, un tropel de mercaderes que empuja el interés, un tropel de peregrinos que va a Compostela o a Tierra Santa y un tropel de los que entonces se llamaban escolares y hoy llamamos estudiantes.

Y no se puede negar que en el concurso de tan vario origen son éstos los que ponen la alegría, la

* Lección inaugural del curso 1991, Centro Estudiantil Miravalles.

** Catedrático por treinta y tres años de Historia del Pensamiento, ex Ministro de Educación de Costa Rica, ex Diputado, cofundador de la Universidad Autónoma de Centro América, Rector de ella desde su fundación en 1976, autor de varios libros e innumerables artículos. La Cámara de Comercio de Costa Rica le otorgó el **Galardón Democracia y Libertad**, el 30 de noviembre de 1990.

insolencia, el ingenio, la gracia y ¿por qué no decirlo? la pedantería. Y este tropel de escolares iba a ser el que ganase la partida a los otros...”.

El mismo Ortega manifiesta al reflexionar sobre el porvenir de la universidad:

“Cuando se repasa la historia de la Universidad... notamos que su trayectoria, sus altos y bajos, su humildad y su esplendor avanzaron paralelamente al entusiasmo que el europeo sintió por la inteligencia”.

Abre este mismo autor la cuestión:

“La Universidad europea ha sido algo magnífico, glorioso y triunfante... pero ¿y mañana? ¿Qué será mañana”? (**Misión de la Universidad**).

Guillermo Fraile recuerda que "El sentido y organización de la universidad, con cursos regulares, maestros y discípulos, programas fijos y grados académicos con validez universal (**Licentia ubique docendi. Ius docendi hic et ubique térrarum**), es un producto típico de la Edad Media occidental.../Entre 1200 y 1400 se fundan en Europa 52 universidades, de las cuales 29 son de fundación pontificia". (**Historia de la Filosofía, II**).

París llegó a contar con la universidad de la cristiandad; los papas y los reyes comprendieron la importancia que podía tener un gran centro de estudios en esa ciudad. Múltiples documentos pontificios (Inocencio III, Gregorio IX, Inocencio IV, Nicolás IV), permiten apreciar la solicitud, la vigilancia y la preocupación de los papas por el buen funcionamiento de la universidad parisiense. Renombrados maestros atraían estudiantes de todas partes de Europa. Por su Universidad París pudo llamarse "**Omnium studiorum nobilissima civitas**", "**civitas philosophorum**". Baste recordar la gloria que tuvo de contar entre sus egregios maestros a Santo Tomás de Aquino.

Ha recordado D. Alfonso Nieto en el acto de apertura del curso académico 1989-90 de la Universidad de Navarra que D. Francisco Ponz calificó a esa Universidad como "una gran aventura del espíritu" que demandó valentía pacífica, serena, solidaria, pronta, silenciosa y tenaz. Y así, en efecto, ha sido. Bien puede ampliarse esa calificación y considerar que la universidad, ayer como hoy y así en lo futuro, constituye UNA GRAN AVENTURA DEL ESPIRITU.

II

Nació la Universidad en un medio en el que se tenía una concepción del ser humano: imperfecto, pero perfectible; portador de un alma inmortal; nacido pequeño y débil pero en potencia para alcanzar altísimas metas; dotado de inteligencia que todo lo puede conocer; protegido por el amor fraterno, con quien, de manera especial, debe practicarse la obra de misericordia de enseñar al que no sabe; obligado, por su parte, a servir al prójimo en la medida de sus talentos; todas las personas están llamadas al ejercicio de la justicia y del amor para cambiar la faz de la tierra...

Con tal concepción del mundo y de la vida resultó fácil, en los comienzos, vertebrar la vida universitaria según la jerarquía de bienes y de saberes, lo que resultó oportunísimo para que merecieran tales instituciones la protección y el aliento que hicieron posible su crecimiento y su multiplicación.

D. Miguel de Unamuno en uno de sus discursos recordaba, hablando de su Universidad de Salamanca: "Surgieron los Estudios de Salamanca al amparo de la iglesia en su Sede Catedral, en los siglos XII y XIII..."

Juan Pablo II en **Función de la Universidad** también hace alusión a ese hecho tan importante: "Históricamente la Iglesia ha dado origen a las universidades". Y a su juicio ello es lo que explica que "Durante siglos ha desarrollado en ellas una concepción del mundo en la que los conocimientos de la época se inscribían en la visión más amplia de un mundo creado por Dios y redimido por Nuestro Señor Jesucristo. Por eso -agrega- se consagraron tantos hijos suyos a la enseñanza y a la investigación para iniciar a generaciones de estudiantes en los diversos grados del saber, en el marco de una visión total del hombre que integra, sobre todo, la consideración de las razones últimas de su existencia".

Un criterio importante que con gusto siguieron los Maestros medievales fue tomado de S. Agustín, respecto de la forma en que debía actuar un cristiano en relación con el saber que no procedía directamente de la Revelación. Su respuesta es que la verdad es del Señor dondequiera que se encuentre. El criterio es que la verdad es digna de aprecio en cualquiera de los saberes. La tarea del estudioso o del investigador es saber discernir la verdad de lo que no lo sea.

En horas creadoras de la historia lo anterior fue de mucha importancia. Porque la idea de que la obra de Dios es racional y puede ser descrita bajo la forma de leyes universales, hizo posible la investigación científica. Mariano Artigas explica que "sobre todo, el cristianismo de Europa proporcionó una 'matriz cultural' que hizo posible que la ciencia misma tuviera sentido y

que los científicos encontraran el estímulo imprescindible para su difícil tarea". Es que la doctrina cristiana sobre las relaciones entre Dios, el hombre y el universo constituye el fundamento teórico de la actitud científica y la hizo posible. Recuerda el mencionado Artigas el punto de vista del historiador de la ciencia y físico Stanley L. Jaki sobre esta cuestión: en las culturas antiguas hubo varios intentos de nacimiento de la ciencia experimental que no llegaron a término, por falta de unas convicciones capaces de prestar a la ciencia sus fundamentos filosóficos. Mas esas condiciones se dieron, por mucho tiempo, en la Europa cristiana. De hecho, la base de la ciencia moderna ha sido siempre un realismo metafísico y gnoseológico, el que se encuentra en continuidad con el razonamiento metafísico que lleva hasta Dios. Es que la ruta de la ciencia experimental es un realismo en el que se admite la racionalidad del mundo, que existe un orden racional en la naturaleza, que tal orden natural puede ser conocido por la inteligencia humana. Este realismo sólo llegó a ser una convicción generalizada cuando, gracias al cristianismo, una cultura entera admitió que el mundo tiene que ser racional por ser obra de un Dios infinitamente inteligente y que el hombre tiene la capacidad de conocer ese orden racional por estar hecho a imagen y semejanza de Dios. Es por ello que cabe afirmar la dirección común de la ruta de la ciencia y del conocimiento racional de Dios, como condición que hizo posible el moderno desarrollo científico. A mayor abundamiento, los grandes científicos que crearon la ciencia moderna fueron creyentes convencidos. Dice al respecto Artigas, con todo el fundamento histórico de su parte, que "La ciencia experimental moderna no nació a pesar de la teología, sino de su mano". Y una vez desarrollada no se opone a ella ni a la fe cristiana: el mismo camino racional que sigue la ciencia es el que, debidamente estudiado y profundizado, conduce al reconocimiento de la existencia de Dios y del alma espiritual humana.

Es oportuno recordar, entonces, que la concepción metafísica central de Kepler era la de la existencia desde la eternidad en la mente de Dios, de ideas arquetípicas, que eran reproducidas, por una parte, en el universo visible y, por otra, en la mente humana. Kepler dejó escritas estas sus convicciones que lo llevaron a hacer la ciencia que hizo. Estuvo persuadido que el hombre puede conocer las leyes naturales, puesto que Dios quiso que las reconociéramos al crearnos según su propia imagen, de manera que pudiéramos participar en sus mismos pensamientos. Copérnico tenía las mismas convicciones y Galileo y Newton, y las tenían precisamente porque eran cristianos interesados, además, en las cuestiones religiosas y teológicas. (Cfr. Malavassi, **Ciencia y fe**,

Mas vino el alejamiento del realismo gnoseológico y metafísico y, también, aquello de que hace memoria León XIII en la **Rerum Novarum**: "desentendiéndose las instituciones públicas y las leyes de la religión de nuestros antepasados" y unas cosas y otras llevaron al secularismo: el afán de suprimir toda dimensión específicamente religiosa. Como ninguna institución es ajena a su medio, aquella visión integral con la que nacieron las universidades se resquebrajó por un lado y por otro.

Importa recordar la observación de Juan XXIII de PACEM INTERRISN8151 "Es también cosa manifiesta que en las naciones de antigua tradición cristiana, las instituciones civiles florecen actualmente con el progreso científico y técnico y abundan en medios aptos para la realización de cualquier proyecto, pero que con frecuencia en ellas se han enrarecido la motivación e inspiración cristianas." Y el mismo Pontífice se hace cargo de la cuestión así:

Nº 152: "Con razón surge la pregunta de cómo ha podido suceder este fenómeno, siendo así que en la institución de aquellas leyes contribuyeron no poco, y siguen contribuyendo, personas que profesan el cristianismo y que, al menos en parte, conforman realmente su vida con las normas evangélicas. La causa de esto creemos hallarla en la falta de coherencia entre la conducta y la fe. Es, pues, apetecible que de tal modo se restablezca en ellos la unidad de la mente y del espíritu, que en sus actos dominen simultáneamente la luz de la fe y la fuerza del amor". Y concluye con esta observación y exhortación:

Nº153:"... sucede en muchos casos y en muchos lugares que los cristianos no cultivan por igual el conocimiento de la religión y del saber profano, y mientras en el conocimiento científico llegan a la cumbre, en la formación religiosa no pasan ordinariamente de lo elemental. De aquí la necesidad apremiante de que la formación de los adolescentes sea plena, sea continua y se dé de modo c/e la cultura religiosa y la formación espiritual vayan a la par con el conocimiento científico y con los incesantes proyectos técnicos..."

Consecuencias del alejamiento de sólida filosofía, del saber revelado, de la visión total, han sido el empobrecimiento de las visiones y de las relaciones que el ser humano pueda tener de Dios, de sí mismo, del prójimo y de la naturaleza. Ello asfixia al ser humano y hace sentir con frecuencia su enrarecida atmósfera en la vida universitaria.

Por ello decía Abraham Maslow: "Sin lo trascendente y transpersonal, nos volvemos enfermos, violentos, nihilistas, y quizás también desesperanzados y apáticos. Necesitamos algo 'superior a nosotros mismos' a lo que respetar y en que confiar...". (**El hombre autorrealizado**).

De nuevo, entonces, mil voces repiten con S. Agustín lo que fue su gran descubrimiento, igualmente necesario para todos los hermanos en humanidad: "Señor, nos* hiciste para ti, y muy inquieto estará nuestro corazón, hasta que no descanse en ti".

III

Las experiencias y los dolores del mundo han sido como un aldabonazo en las puertas de las universidades para que hagan lo posible por ofrecer a todos los que allí llegan, unos a enseñar y otros a aprender, unos a investigar y otros a divulgar, la visión integral por la que suspira el alma desde lo más profundo. Hay cuestiones mayores y menores. Sobre éstas caben modos diversos de hacer bien las cosas y muy legítimas preferencias. Pero debe haber unidad en lo mayor, en lo necesario, como parecen indicarlo los universitarios que tienen mejor conocimiento sobre el asunto.

D. Miguel de Unamuno clamaba con todas sus fuerzas:

"Buscad la verdad y su triunfo y todo lo demás se os dará de añadidura"; "Ojalá viniérais todos henchidos de frescura... y trayendo a estos claustros no ansia de notas, sino sed de verdad y anhelo de saber para la vida" (Salamanca, 1900-1901); "La salud está en nosotros, los profesores, y antes debemos pensar en lo que nos cumple dar que no en lo que hayamos de pedir" ("La ens. univ.", 1905); "...si los claustros universitarios llegaron a ser lo que deben ser... (Ib.). (O.C., t. IX). Por su parte el Dr. Marañón, con su gran humanidad, ha dicho:

"Merced a la enseñanza se ha creado la civilización" ("La ens. en el mundo actual"); "... lo que importa es salir de la Universidad con el alma definitivamente recta"; "La Universidad sólo debe enseñar un conjunto de actividades y de modos de ser, que fuera de ella son difíciles de adquirir y que constituyen el "espíritu universitario", el cual consiste en... amar a la verdad sobre todas las cosas... en desear la sabiduría que da el vivir generoso y el trato, mediante la lectura ilimitada, con los grandes espíritus...". Para D. Gregorio "el nudo de la Universidad" lo constituye "...la elección del profesorado". También clama que "La humanidad está cansada de admirar y de gozar; y quiere volver a creer". (O.C., t. IV).

El ex Presidente Trejos, cuando Decano de Ciencias y Letras, decía a los nuevos estudiantes: “La cosa que más distintivamente debe caracterizar los quehaceres de una universidad es el culto a la verdad”. (1959).

Todo ello muestra que paulatinamente hay mayor conciencia de la grandeza de la persona, que se libera el ser humano de visiones reduccionistas y que la gran aventura del espíritu podría ser menos incierta. Porque gran aventura fue la creación de las universidades; y lo fue también atravesar los siglos llenos de vicisitudes. Mas si lo ha sido para la gran estructura institucional, lo es y muy grande para cada profesor y para cada estudiante: que a las veces hay consonancia entre la estructura y el corazón y a las veces no armonizan el uno con la otra.

Oportuna es la advertencia de Juan Pablo II: “...una universidad fiel al ideal de una verdad total sobre el hombre no puede prescindir, ni siquiera bajo pretexto de realismo o de autonomía científica, del estudio de las realidades de la ética, de la metafísica y de la religión” (**Función de la Universidad**). Sobre este particular pone énfasis de diversos modos: “quien dice ciencia dice ver-dad”; alude a “la alegría de buscar y conocer inspirada por un ardiente amor a la verdad”, advierte que “hay una verdad del hombre que trasciende toda tentativa de reducción a un aspecto particular”; pide tomar en cuenta “las realidades espirituales y morales que son esenciales a la existencia humana”; advierte que “la vida del hombre tiene un sentido, del que depende el valor de la

existencia personal”; en cuanto antiguo profesor de universidad, Juan Pablo II dice “considero como los dos objetivos esenciales de toda formación universitaria, completa y auténtica: CIENCIA Y CONCIENCIA, o dicho de otra manera: el acceso al saber y la formación de la conciencia”. A quienes sientan la tentación de pasarla frívolamente en la universidad, este Papa les advierte que hay que “aceptar las propias responsabilidades”, que “la universidad no tiene como primer objetivo el proporcionar títulos, diplomas o puestos lucrativos; tiene una importante función: formar personas al servicio del país”. Por ello advierte que “toda la comunidad, con sus necesidades materiales y espirituales, tendrá derecho de acudir a vosotros, tendrá necesidad de vosotros”. Y como lo más importante es el fin último de nuestra vida, sin el cual no se sabe insertar de continuo el tiempo en la eternidad, Juan Pablo II alienta a los universitarios con estas palabras conclusivas: “y que vuestros estudios, vuestras investigaciones, vuestra sabiduría sean para todos vosotros un camino hacia la luz suprema, el Dios de verdad”, (**Ib.**).

Muy honrado me siento con la invitación para desarrollar esta lección inaugural. La concluyo saludando de todo corazón a los presentes y haciendo votos para que el presente año académico sea de veras aprovechada ocasión para avanzar en el camino de nuestra perfección: la dulce ilusión de toda criatura y el mandato del Señor: **Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. (Mt. 5,48)**.